



APOSTOLADO DE LOS SAGRADOS CORAZONES UNIDOS DE JESÚS Y DE MARÍA

9 de abril de 2026 – LLAMADO DE AMOR Y CONVERSIÓN DEL CORAZÓN DOLOROSO E INMACULADO DE MARÍA

Queridos hijos, adoren, alaben y bendigan al Sagrado Corazón Eucarístico de Jesús Resucitado.

Amados hijos, la primer testigo del Señor resucitado fui Yo, su Santa Mamá; estando en mi aposento en oración y en espera en el Cenáculo de Jerusalén, recibí primeramente el *saludo pascual del Arcángel San Gabriel*, quien feliz, exultante y luminoso apareció frente a mí en el aposento y me saludó diciendo:

Reina del Cielo, alégrate, porque a quien has merecido llevar en tu vientre inmaculado, ha resucitado. Gózate y alégrate, Santa Madre de Dios.

Inmediatamente después del saludo pascual del Arcángel, apareció mi Divino Hijo resucitado y eucaristizado¹, su Sagrado Corazón vivo y ardiente. Abrazó mi Corazón doloroso en la espera y triunfante en el encuentro pascual.

Así mi Corazón también fue transfigurado con el Corazón resucitado de mi Hijo.

¹ Ecclesia de Eucharistia 1, 11 – CARTA ENCÍCLICA *ECCLESIA DE EUCHARISTIA* DEL SUMO PONTÍFICE JUAN PABLO II.

MISTERIO DE LA FE

11. « El Señor Jesús, la noche en que fue entregado » (1 Co 11, 23), instituyó el Sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre. Las palabras del apóstol Pablo nos llevan a las circunstancias dramáticas en que nació la Eucaristía. En ella está inscrito de forma indeleble el acontecimiento de la pasión y muerte del Señor. No sólo lo evoca sino que lo hace sacramentalmente presente. Es el sacrificio de la Cruz que se perpetúa por los siglos.⁽⁹⁾ Esta verdad la expresan bien las palabras con las cuales, en el rito latino, el pueblo responde a la proclamación del « misterio de la fe » que hace el sacerdote: « *Anunciamos tu muerte, Señor* ».

La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como *el don por excelencia*, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación. Ésta no queda relegada al pasado, pues « todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos... ».⁽¹⁰⁾

Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y « se realiza la obra de nuestra redención ».⁽¹¹⁾ Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo *después de habernos dejado el medio para participar de él*, como si hubiéramos estado presentes. Así, todo fiel puede tomar parte en él, obteniendo frutos inagotablemente. Ésta es la fe de la que han vivido a lo largo de los siglos las generaciones cristianas. Ésta es la fe que el Magisterio de la Iglesia ha reiterado continuamente con gozosa gratitud por tan inestimable don.⁽¹²⁾ Deseo, una vez más, llamar la atención sobre esta verdad, poniéndome con vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, en adoración delante de este Misterio: Misterio grande, Misterio de misericordia. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega « hasta el extremo » (Jn 13, 1), un amor que no conoce medida. Misterio de misericordia. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega « hasta el extremo » (Jn 13, 1), un amor que no conoce medida.

Y así nuestros Dos Corazones, que fueron unidos por el Espíritu Santo en Nazaret, son nuevamente unidos por el Espíritu Santo en la Pascua.

Por eso, amados hijos, *la Alianza de nuestros Dos Corazones es una Alianza Pascual*. Y todos mis hijos también deben ser testigos de esta Pascua.

Alégrense, hijos míos, por el triunfo del Cordero de Dios (Ap 19,6–7)². Aleluya.

En el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.
Ave María Purísima, sin pecado original concebida.

² Ap 19,6–7

Y oí el ruido de muchedumbre inmensa y como el ruido de grandes aguas y como el fragor de fuertes truenos. ¡Y decían ¡Aleluya, porque ha establecido su reinado el Señor, nuestro Dios Todopoderoso!